

## Sitio El Olivar: su importancia para la reconstrucción de la prehistoria de las comunidades agroalfareras del norte semiárido chileno

Paola González Carvajal\*

**RESUMEN:** El sitio arqueológico El Olivar representa un hito muy relevante para la prehistoria de la Región de Coquimbo. Dada su enorme extensión, densidad ocupacional y profundidad temporal, su estudio es esencial para la comprensión de las culturas Molle, Ánimas y diaguita, en tiempos pre- y postincaicos. Si bien posee una larga historia de investigaciones científicas que han enriquecido nuestro conocimiento de la prehistoria del norte semiárido, ha sufrido una larga serie de alteraciones, a causa de las excavaciones ilegales y el crecimiento urbano. En este trabajo se estudian las colecciones procedentes del sitio El Olivar que custodia el Museo Arqueológico de La Serena y se comentan los resultados de investigaciones científicas recientes que aportan valiosos antecedentes sobre la evolución cultural de las comunidades Ánimas y diaguita.

**PALABRAS CLAVE:** sitio arqueológico El Olivar; prácticas mortuorias; secuencia cultural; Ánimas; diaguita

**ABSTRACT:** The archaeological site of El Olivar represents a landmark very relevant to the prehistory of the Region of Coquimbo. Given its enormous size, occupational density and temporal depth, its study is essential for the understanding of Molle, Ánimas and Diaguita cultures. Despite its long history of scientific research that has enriched our knowledge of semiarid north prehistory, the site has suffered a long series of alterations, due to illegal excavations and urban growth. In this work, we study the collections from El Olivar kept by the Museo Arqueológico de La Serena and discuss the results of recent scientific investigations that provide valuable background on the cultural evolution of the Ánimas and Diaguita communities.

**KEYWORDS:** site of El Olivar; mortuary practices; cultural sequence; Ánimas; Diaguita

---

\* Arqueóloga y abogada, Universidad de Chile. Especialista en arqueología del Norte Chico y la Zona Central. Investiga aspectos simbólicos y contextuales de la iconografía inca y diaguita, y del arte rupestre. Es autora de numerosas publicaciones nacionales e internacionales, entre ellas, *Arte y cultura diaguita chilena: simetría, simbolismo e identidad* (Editorial Ucayalí) y *Lenguajes visuales del Inca* (Archaeopress). Dirige el rescate del sitio arqueológico El Olivar (2015-2017), en el marco del Proyecto doble vía La Serena-Vallenar. MOP-Sacyr.

---

Cómo citar este artículo (APA)

González, P. (2017). *Sitio El Olivar: su importancia para la reconstrucción de la prehistoria de las comunidades agroalfareras del norte semiárido chileno*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. <http://www.museoarqueologicolaserena.cl/sitio/Contenido/Objeto-de-Coleccion-Digital/83572:Sitio-El-Olivar-su-importancia-para-la-reconstruccion-de-la-prehistoria-de-las-comunidades-agroalfareras-del-norte-semiarido-chileno>

En el norte semiárido de Chile se desarrolló a lo largo de aproximadamente seis siglos la cultura diaguita chilena, un pueblo de agricultores y hábiles ceramistas que se asentaron en los valles de los ríos Elqui, Limarí y Choapa. Uno de sus mayores legados consiste en la creación de un arte visual único, de gran abstracción y compleja simetría, que recién en épocas recientes hemos comenzado a comprender –para enriquecimiento de nuestra calidad de vida y la de las generaciones futuras–.

El presente trabajo ofrece una mirada actualizada del estado del conocimiento sobre la prehistoria de la cultura diaguita y de su antecesora, la cultura Ánimas, poniendo especial énfasis en la historia de la investigación del sitio El Olivar. Lo anterior se complementa con una caracterización de las colecciones cerámicas procedentes de este importante sitio arqueológico que custodia el Museo Arqueológico de La Serena.

## Cultura Las Ánimas: ancestro de los diaguitas chilenos

Para comprender los orígenes de la cultura diaguita, debemos detenernos primero en su precursora, la cultura Las Ánimas, cuyas primeras evidencias funerarias fueron descubiertas en la quebrada del mismo nombre (valle del Elqui) por Francisco Cornely en 1930. A partir de esos primeros hallazgos (Cornely, 1936) y de nuevos antecedentes recobrados dos décadas más tarde en el sitio El Olivar, Cornely (1956) establece que la cultura Ánimas corresponde a una fase inicial de la cultura diaguita, la que denomina «etapa Arcaica».

La cultura Ánimas habría arribado al norte semiárido chileno alrededor del siglo VII d. C., probablemente procedente del Noroeste Argentino. Se trata de comunidades que practicaron la agricultura, la caza y la recolección, y que se distinguieron de las tradiciones alfareras anteriores por traer consigo una importante innovación tecnológica: la cerámica polícroma. Representativas de su producción son las escudillas de paredes altas y medias, decoradas tanto en el interior como en el exterior con motivos de trazos gruesos y geométricos. Los diseños cuatrimpartitos (cruz diametral) y la división interior en dos campos que caracterizan estas piezas dan indicios de creencias simbólicas vinculadas a principios duales.

Julio Montané (1969), por su parte, sitúa la cultura Ánimas en una etapa intermedia entre el desarrollo de la cultura El Molle y la cultura diaguita. Basándose en atributos de forma y decoración, el autor propone la existencia de cuatro tipos en la cerámica de dicha sociedad prehispánica, a saber:

- Ánimas I: Vasijas troncocónicas negro sobre naranja (fig. 1);



Figura 1. Vasija troncocónica Ánimas I, vista superior (izq.) y lateral (der.). Procedente de las excavaciones de Francisco Cornely en Compañía Baja (El Olivar). Museo Arqueológico de La Serena, Colección Etnográfica, n° inv. 132. Fotografía de Paola González.

- Ánimas II: Vasijas troncocónicas interior reducido;
- Ánimas III: Escudillas hemisféricas con engobe rojo, decoradas con hierro oligisto y blanco; y
- Ánimas IV: Escudillas hemisféricas con engobe rojo y decoración en blanco y negro (fig. 2).



Figura 2. Escudilla Ánimas IV, vista superior (izq.) y lateral (der.). Procedente de las excavaciones de Francisco Cornely en Compañía Baja (El Olivar), sector R. Museo Arqueológico de La Serena, Colección Etnográfica, n° inv. 1. Fotografía de Paola González.

A menudo las cerámicas Ánimas presentan una hendidura circular en la base, rasgo que también se registra en escudillas de la fase Diaguita I (900-1200 d. C.) definida por Ampuero. Con respecto a su distribución geográfica, Gloria Cabello (2016) precisa que los tipos Ánimas I y II son más frecuentes en el área de Huasco y Copiapó, mientras que los tipos Ánimas III y IV predominan en los valles de Elqui y Limarí.

En la década de los setenta, Ampuero y Rivera (1972) encontraron en el sitio Compañía de Teléfonos de La Serena los tipos Ánimas I, II y III, situados en un nivel estratigráfico inferior al de la cerámica diaguita, la que comparte el mismo nivel con el tipo Ánimas IV. Similar resultado arrojaron las excavaciones realizadas en Plaza de Armas de Coquimbo (Castillo, Biskupovic y Cobo, 1985), donde los tipos I, II y III coexisten en estratos anteriores al tipo Ánimas IV, el cual aparece junto a cerámica diaguita de la fase I. Entre los hallazgos efectuados en este último sitio se cuentan un cerámico Ánimas I, ollas de cuerpo esferoidal, cuello recto y asa cilíndrica gruesa, y varios ejemplares monocromos de jarro zapato.

También se recuperaron allí 57 objetos de metal, tanto de naturaleza ornamental como utilitaria, incluyendo placas rectangulares, un cincel, aros, pinzas, anzuelos, un punzón y una figura ornitomorfa. Estos hacen evidente la relación de la cultura Ánimas con comunidades originarias del Noroeste Argentino: en particular, Slusser (1950, p. 177) sugiere un nexo estrecho con la cultura Yocavil, por cuanto ambas comparten la elaboración de objetos metálicos como cinceles, brazaletes, aros, campanillas, pinzas y placas rectangulares, entre otros.

Especialmente importante habría sido la relación de la cultura Ánimas con el mar. Además de los anzuelos de cobre ya mencionados, en el sitio Plaza de Armas de Coquimbo se registraron barbas de arpón o anzuelo compuesto, chopes y pesas de piedra, objetos que, en conjunto, reflejan una fuerte orientación hacia la explotación de recursos marítimos.

En lo relativo a las prácticas funerarias, en este sitio se recobraron 34 sepulturas en posición flectada; 18 de ellas, de distintos rangos de edades, estaban asociadas a camélidos (33 en total), lo que evidencia la importancia social y simbólica de estos animales.

Por último, la existencia de tubos de hueso destinados a la aspiración, así como de espátulas de hueso y recipientes de concha de ostión, da cuenta del consumo de polvos alucinógenos en la cultura Ánimas. En tiempos diaguita, la morfología y funcionalidad de estos artefactos se mantuvo sin alteraciones.

Recientemente, en virtud de nuevos antecedentes, distintos autores (González, 2013; Cabello 2016) han respaldado la estrecha relación entre la cultura Ánimas y la cultura diaguita originalmente planteada por Cornely, llegando a considerar a aquella como ancestro cultural de esta. Los argumentos que sustentan tal hipótesis son contundentes. Por una parte, el registro arqueológico denota una coincidencia en el emplazamiento de sus asentamientos, situándose los tipos Ánimas I, II y III en niveles anteriores al surgimiento de

la cultura diaguita. Además, existe una continuidad en forma y técnicas de manufactura de un número importante de artefactos, tanto ornamentales como utilitarios. Por ejemplo, en cuanto a la metalurgia, todas las categorías de objetos mencionados en la ergología Ánimas se encuentran en la cultura material diaguita, incorporándose nuevos artefactos solo con la llegada del Inca (i. e., *tumis*, *tupus*, manoplas, hachas, cabezas estrelladas de mazas). En cuanto a la alfarería, en época diaguita se mantuvo la manufactura de jarros zapato, escudillas rojas engobadas con lóbulos opuestos en el borde y cuencos subglobulares. También existe una fuerte correspondencia en la forma de las puntas de flecha, torteros de piedra o hueso y espátulas. Por último, en ambas culturas se registra la práctica de deformación craneana del tipo tabular erecta.

### La cultura diaguita chilena

A partir del año 1000 d. C., aproximadamente, la cultura diaguita surge y comienza a consolidarse, hecho que se ve reflejado en el progresivo aumento de sus asentamientos, los que se extienden gradualmente a lo largo de los tres valles que conforman su territorio (Elqui, Limarí y Choapa). En su desarrollo se distinguen claramente dos momentos: el período preincaico, que comprende alrededor de cinco siglos de desarrollo independiente (900-1470 d. C.), y el período de encuentro entre incas y diaguitas (1470-1536 d. C.), lapso de breve extensión durante el cual se produjo una intensa interacción e influencia cultural mutua.

En tiempos previos a su incorporación al Imperio inca, la forma de vida y estrategias de subsistencia del pueblo diaguita no variaron mayormente respecto de las observadas en la cultura Ánimas. Troncoso (1999, p. 132) ha propuesto que la organización social descansaba en el modelo de familia extensa de patrón de asentamiento disperso: se habría tratado de pequeños agricultores que no generaban grandes excedentes, pero cuya producción les permitía mantener su autonomía y sustentar sin problemas las necesidades comunitarias y familiares.

La esmerada elaboración de cerámica —cumbre de un arte geométrico de sobresaliente belleza—, así como la cuidada ornamentación de los objetos utilitarios (espátulas, torteros, pendientes e instrumentos musicales de piedra, hueso y madera, entre otros), sugieren el despliegue de una vida intelectual muy desarrollada. La misma delicadeza se aprecia en los complejos rituales mortuorios, que comprenden inhumaciones directas, entierros secundarios



Figura 3. Escudilla zoomorfa con representación de jaguar, procedente de las excavaciones de Francisco Cornely en sitio El Olivar, sector R. Museo Arqueológico de La Serena, Colección Etnográfica, n° inv. 27. Fotografía de Paola González.

y construcción de cistas<sup>1</sup>, procedimientos que varían en una dimensión sincrónica y también a través del tiempo.

Las investigaciones de Rodríguez (1995 Ms.) y Becker (2003 Ms.) en el valle del Choapa revelaron una gran homogeneidad en el tipo y distribución de las ofrendas cerámicas en contextos diaguitas preincaicos, considerando distintas categorías de sexo y edad, evidencia que denota una baja diferenciación en la sociedad

de este período. La excepción la constituyen los contextos mortuorios de individuos —generalmente de sexo masculino— asociados a artefactos destinados al consumo de alucinógenos (espátulas, conchas de ostión o tubos): estas personas, interpretadas como chamanes, poseían un ajuar levemente más destacado que el resto de la población —dotado, por ejemplo, de un mayor número de ceramios o de objetos de metal—.

La prevalencia de una concepción de mundo de naturaleza chamánica en tiempos preincaicos se deduce, por una parte, del ejercicio de prácticas como el consumo de alucinógenos, y por otra, de ciertas características presentes en el arte visual (González, 2016). Entre ellas, se encuentra su asociación a la figura de un alter ego animal, correspondiente en el caso diaguita a un felino moteado o jaguar (fig. 3), junto con una serie de rasgos intrínsecos que evidencian la pertenencia de esta visualidad a una antigua tradición de arte chamánico sudamericano, como lo son: el empleo de complejas simetrías en sus diseños; ilusión óptica de movimiento y vibración; interminable variabilidad de los diseños a partir de formas geométricas simples; principio de *horror vacui*; y estructuración según principio de complicación estructural gradual, entre otras. Tales elementos están presentes en culturas sudamericanas tanto de tiempos arqueológicos como etnográficos, y aún persiste en comunidades que practican el arte chamánico, principalmente en el área amazónica. De particular interés es el vínculo que descubrimos entre el arte visual diaguita preincaico y los diseños de la cultura Mojocoya (500 d. C.), situada en el

<sup>1</sup> Piedras volcánicas rectangulares dispuestas en forma trapezoidal o rectangular, utilizadas en inhumaciones individuales o colectivas.

oriente boliviano (González, 2016). Estas relaciones estilísticas aportan luces sobre las influencias externas que pudieron gravitar en la configuración de la singular identidad diaguita.

En otro lugar (González, 2016) hemos planteado que el arte visual diaguita preincaico no refleja un sistema de notación ni persigue una finalidad semántica; se trataría, más bien, de «tecnologías de encantamiento» (*sensu* Gell, 1992) que revistieron de agencia social las configuraciones simétricas antes descritas y que, gracias al empleo de ilusiones ópticas, tales como la aparición no mimética de animación, producen un estado de cautivación en el espectador. En comunidades amazónicas actuales, patrones decorativos de características semejantes desempeñan una función muy importante en estrategias de sanación chamánica.

### Llegada del Inca al mundo diaguita

De acuerdo con las crónicas españolas, en el siglo XV de nuestra era el emperador Topa Inca Yupanqui expandió su Imperio (*Tawantinsuyu*), incorporando el territorio habitado por los diaguitas chilenos. Allí, los incas se encontraron con una sociedad de gran refinamiento espiritual y artístico, la que sin embargo comenzaría a experimentar grandes cambios –tanto en su cultura material como en el campo ideológico– a partir de este contacto. El interés del Tawantinsuyu por estas tierras meridionales se centró en las riquezas mineras, particularmente en la región de Copiapó. En compañía de los diaguitas, iniciaron la explotación de importantes centros metalúrgicos, entre los cuales se destacan Viña del Cerro (Cervellino, 1991), la mina Las Turquesas (en El Salvador) y Los Infieles (en el valle de Elqui).

Durante este período se advierten diversas mejoras tecnológicas atribuibles a la influencia inca. Particularmente en la cerámica, se aprecia una mejoría en la calidad de la pasta y de los colores, así como un adelgazamiento en las paredes de las piezas. La producción aumenta y se agregan nuevas formas a las ya existentes: no solo empiezan a fabricarse localmente modelos de origen cuzqueño –aríbalos, botellas, ollas con pedestal, platos planos (fig. 4) y ornitomorfos–, sino que, además, surgen formas originales propias de esta fase, tales como escudillas campaniformes y *keros* dobles policromos (fig. 5). En otros ámbitos, las labores productivas también se intensifican debido a la incorporación de mejoras en los sistemas de riego, explotación minera y metalurgia (Cabello, 2016).

La evidencia arqueológica indica que las estrategias incas de interacción con las comunidades diaguitas variaron según los distintos valles del norte semiárido (González, 2008). Por ejemplo, en los valles de Elqui y Limarí se observa una fuerte influencia inca sobre las poblaciones locales: los grandes cementerios de esta zona –Altovalsol, Quilacán y Fundo Coquimbo en el valle de Elqui, y Estadio Fiscal de Ovalle, en el de Limarí– reflejan una profunda integración entre las comunidades locales y los incas, visible en la composición de sus ofrendas mortuorias, las que contenían vasijas y diseños de naturaleza mixta, es decir, locales y cuzqueños (Cantarutti, 2002). En el valle del Choapa, en cambio, el inca no se vinculó mayormente con la población local, manteniendo incluso una marcada segregación espacial en sus asentamientos; esto fue lo que se constató en el centro administrativo de Loma Los Brujos en Illapel, el cual contenía casi exclusivamente vasijas e iconografía cuzqueñas (Becker, 2003).

El arte de este período se comporta como un verdadero lenguaje visual, cuyo estudio permite obtener información sobre procesos simbólicos e ideológicos (González, 1998). A través de la iconografía cerámica y el arte rupestre se representa gráficamente el principio simbólico de cuatripartición y mediación entre fuerzas opuestas (masculino/femenino, alto/bajo, derecha/izquierda). Es evidente el esfuerzo desplegado por los incas para explicar su *imago mundi* a los diaguitas, pero en términos locales; un ejemplo de ello es la integración de unidades mínimas de origen local, como la greca escalonada (fig. 6), en sus diagramas cuatripartitos (González, 1998).



Figura 4. Plato plano de la fase Diaguita-Inca (vista superior). Compañía Baja. Museo Arqueológico de La Serena, Colección Etnográfica, n° inv. 167. Fotografía de Paola González.



Figura 5. Kero doble fase Diaguita-Inca, procedente del rescate arqueológico El Olivar 2016, área FUN 8. Excavada por Paola González y Gabriel Cantarutti. Museo Arqueológico de La Serena, Colección Etnográfica, n° inv. 59. Fotografía de Nicolás Aguayo.



## Reflexiones acerca de la secuencia cronológica de la cultura diaguita y su relación con la tipología cerámica propuesta por Francisco Cornely

Resulta de interés detenernos en este punto para reconsiderar la secuencia cultural diaguita propuesta por Francisco Cornely en la década del cincuenta. Basada en la atribución de un sentido cronológico a las diferencias estilísticas presentes en la alfarería policroma diaguita, esta periodificación ha sufrido solo leves modificaciones (Montané, 1969; Ampuero y Rivera, 1972) desde que fue postulada. No obstante, el avance en las investigaciones acerca de la prehistoria diaguita en el valle del Choapa (Rodríguez, 1995; Becker, 2003), así como las realizadas por Slusser (1950) y por González y Cantarutti (2015 Ms.) en el sitio El Olivar, recomiendan observar con cautela dicha secuencia cronológica y cultural.

Las etapas de la cultura diaguita que distingue Cornely (1936, 1956) a partir de las formas y decoraciones que presenta su cerámica policroma son cuatro:

- Etapa Arcaica: Compuesta por formas subglobulares y troncocónicas, decoradas con motivos geométricos simples en el interior y exterior de la pieza, en colores rojo, negro y blanco. Corresponde a la alfarería Ánimas.

- Etapa Transición: Vasijas globulares donde el campo del diseño es una banda rectangular bajo el borde en la cara externa de la pieza. Los motivos consisten en diseños escalonados y ganchos, entre otros. Según el autor, se aprecian «muchos de los temas usados después, pero con una ejecución

más tosca que en la época siguiente» (1951, p. 132), cambios que –siguiendo a Latcham (1928)– atribuye a influencias «chinchas» procedentes de la costa peruana.

- Etapa Clásica: Se observan platos de mejor factura, paredes rectas y bases redondeadas. Cornely (1951, p. 132) indica que «los dibujos se hacen nítidos y el arte de estos indios llega a un verdadero clasicismo muy bien definido». Dentro de esta etapa incluye el Cuarto Estilo (Mostny, 1942).

- Etapa Diaguita-Inca: Por in-



Figura 6. Escudilla Diaguita-Inca con greca escalonada inserta en rombo. Procedente de la excavación de la Sociedad Arqueológica de La Serena en el sitio Compañía Baja (El Olivar). Museo Arqueológico de La Serena, Colección Etnográfica, n° inv. 1105. Fotografía de Paola González.

fluencia inca, en esta etapa se introducen formas cuzqueñas (aríbalos, platos planos y platos ornitomorfos) y se elaboran platos campaniformes.

Esta organización temporal de los estilos polícromos de la cultura diaguita fue modificada posteriormente por Julio Montané (1969), quien sitúa la cultura Ánimas en una etapa intermedia entre el desarrollo de la cultura El Molle y la cultura diaguita. Ampuero y Rivera (1972), por su parte, identifican la denominada «Etapa Arcaica» como una entidad cultural diferente, que eliminan de plano de la secuencia cultural diaguita, dándole el nombre de «Complejo Cultural Las Ánimas». Asimismo, en los sitios Compañía de Teléfonos de La Serena y Punta de Piedra, Ampuero constata cierta diferencia entre las tumbas de las fases I y II de la cultura diaguita, determinando que la primera se hallaba a mayor profundidad que la otra; estos nuevos antecedentes lo llevan a integrar en la fase Diaguita I (900-1200 d. C.) dos estilos diversos: Ánimas IV (o estilo Arcaico de Cornely) y Diaguita estilo Transición. Con todo, la adscripción de los tipos y decoración cerámicos a cada fase sigue siendo, en esencia, la misma que la establecida por Cornely en la década de los cincuenta.

Por esos años, Mary Shepherd Slusser publicó su tesis doctoral basada en las excavaciones realizadas en 1929 por Samuel Lothrop en el sitio El Olivar (al que ella se refiere como «Tres Olivos»). En ella afirma que la alfarería de las etapas preincaicas definidas por Cornely comparten entre sí las mismas cualidades tecnológicas –métodos de manufactura, pasta, textura, espesor, dureza y color– y nota además una considerable correspondencia en la forma de las vasijas (Slusser, 1950, p. 24). La única distinción marcada que percibe «se encuentra en su idioma decorativo y sus patrones de ordenamiento. Pero incluso esto solo sirve para separarlos de una manera gruesa», asegura (Slusser, 1950, p. 24).

A partir de estas observaciones, Slusser plantea que las etapas de Cornely son, en realidad, subestilos dentro de un estilo mayor de cerámica polícroma diaguita chilena –«Coquimbo Polícromo» (Slusser, 1950, p. 25)– a los cuales no debiera darse un sentido cronológico. Por consiguiente, la autora redefine las etapas de la secuencia temporal de Cornely (a excepción de la etapa Diaguita-Inca) y las reemplaza por subestilos que designa «Elqui Diseños Geométricos Finos» (equivalente a la etapa Clásica o Chíncha-Diaguita de Cornely); «Limarí Contorno Blanco» (equivalente al Cuarto Estilo de Mostny, 1942); y «Hurtado Negro Geométrico» (equivalente al estilo Arcaico de Cornely). También define subestilos menos frecuentes, como Tres Olivos Negro (equivalente al tipo Ánimas II), registrado por Lothrop a mayor pro-

fundidad que los demás tipos descritos por la investigadora, asociado a un entierro de llama.

Para Slusser (1950), ni el contexto de las sepulturas excavadas ni las trincheras realizadas en depósitos habitacionales de Tres Olivos (El Olivar) comprueban la secuencia cronológica postulada por Cornely. Por el contrario,

en Tres Olivos, la evidencia relativa a la posición cronológica de los otros estilos policromos –Limarí Delineado Blanco [Cuarto Estilo], Hurtado Geométrico Negro [Arcaico] y Tangué Interlocking [variante del estilo Transición]–, con algunas anomalías, en general apoya una disposición equivalente en el tiempo con el subestilo Elqui Diseños Finos [Diaguíta-Clásico]. (Slusser, 1950, pp. 136-137).

La autora concluye que estos subestilos, más que etapas de una secuencia cronológica, constituyen

una unidad estilística fluida dentro de la cual operan cambios. Estos cambios se reflejan en una gradual pérdida de popularidad de las escudillas hemisféricas y escudillas de paredes bajas con hendidura central en la base en favor de nuevas formas experimentales. Tales como las escudillas de paredes rectas, y gradualmente, en tiempos tardíos se incorporan formas peruanas como los platos de paredes acampanadas, platos planos y ornitomorfos y jarros pato. (Slusser, 1950, p. 204).

A su juicio, estas diferencias estilísticas podrían obedecer a variantes regionales más que a cambios en el tiempo.

Pese a que la investigación de Slusser (1950) adolece de algunas imprecisiones debido a su temprana data, sus resultados son sumamente relevantes; por lo demás, muestran una gran coincidencia con los resultados preliminares que, junto con Cantarutti, obtuvimos en los trabajos de rescate del sitio El Olivar iniciados a fines del año 2015. En nuestras excavaciones observamos una permanencia en el tiempo de formas y diseños considerados por Cornely como propios de las etapas Transición y Clásica, los cuales se extienden incluso hasta el período de contacto entre incas y diaguitas. Lo mismo ha sido reportado por otros autores en sitios habitacionales y cementerios del valle del Choapa (Rodríguez, 1995; Becker, 2003).

En definitiva, sin desconocer el enorme aporte a la comprensión de la cultura diaguita efectuado por Francisco Cornely, es preciso reevaluar la secuencia cronológica propuesta por el investigador y abstenerse de considerar sin reparos los subestilos cerámicos como diagnósticos de un período cronológico.

## Sitio El Olivar o Compañía Baja: piedra angular en la reconstrucción de la prehistoria de las culturas agroalfareras del norte semiárido

Este sitio arqueológico, de naturaleza habitacional y funeraria, es el asentamiento más grande que se conoce para las culturas agroalfareras del norte semiárido chileno. Se emplaza unos 2 km al este de la línea de costa y entre 2 y 4 km al norte de la ciudad de La Serena. Su superficie se estima en, al menos, unas 35 hectáreas (González y Cantarutti, 2015 Ms.), parte de la cual ha sido alterada por la urbanización del sector de Las Compañías.

De sus cerca de siete siglos de ocupación prehispánica continua, la más intensa corresponde a las culturas Ánimas y diaguita. El sitio también alberga conchales de la cultura El Molle (0-800 d. C.) que, pese a su naturaleza más efímera, dan cuenta de la extensa historia cultural contenida en este espacio.

Las primeras noticias relativas a este asentamiento son aquellas proporcionadas por el investigador José Toribio Medina a fines del siglo XIX, en su obra *Los aborígenes de Chile* (1882). Posteriormente, en 1929, el arqueólogo Samuel K. Lothrop excavó allí 63 sepulturas (72 individuos humanos y un camélido), además de cinco trincheras con depósitos habitacionales. El trabajo, patrocinado por el Museum of the American Indian, Heye Foundation de Nueva York, nunca fue publicado, pero los exhaustivos diarios de campo del investigador –con valiosa información contextual acerca de los hallazgos funerarios y habitacionales–, sirvieron como fuente para que, en la década del cincuenta, Mary Shepherd Slusser elaborara su ya mencionada tesis doctoral sobre este sitio.

Slusser (1950) detalla que la muestra de vasijas cerámicas completas que se recobraron en «Tres Olivos» –como denomina a este sitio– totalizó 88 unidades, a lo que se suma un número no especificado de fragmentos cerámicos. Asimismo, informa que Lothrop registró dos modos de sepultación principales (entierros primarios y secundarios), con la posible agregación de un tercero (cremación). Los entierros primarios sumaron 33, dispuestos en 27 sepulturas; los cuerpos se encontraban en posiciones extendidas o flectadas, depositados en cistas de piedra volcánica o directamente en tierra. Las sepulturas secundarias (o esqueletos desarticulados), en tanto, ascendieron a 24 sepulturas, con 32 esqueletos. Once sepulturas no fueron clasificadas y siete se encontraban totalmente disturbadas. La minuciosa descripción de estos contextos funerarios que aporta la autora configura un valioso antecedente para la comprensión de las prácticas mortuorias diaguitas y su variación a través del tiempo.

Paralelamente, la importancia del sitio El Olivar fue recalcada por Francisco Cornely (1936, 1951, 1956), quien en sus excavaciones recobró un gran número de objetos, principalmente alfarería, cuya mayor parte fue depositada en el Museo Arqueológico de La Serena. Cornely concibe El Olivar como un gran cementerio, sin reparar en los estratos habitacionales que también conforman este sitio arqueológico, los que sí fueron descritos por Slusser (1950). El investigador registra 20 grupos de enterratorios, separados entre sí por espacios de 50 a 100 m (Cornely, 1936, 1956). Cada una de estas agrupaciones (que el investigador designó con letras de la «A» a la «U») concentraba entre 30 y 80 entierros de distinta adscripción temporal (Cornely, 1936, p. 35; 1956, p. 69). Lamentablemente, la descripción de estos contextos es bastante precaria; se ignora, por ejemplo, la información relativa a sexo, edad y posición de los individuos, así como sus asociaciones contextuales.

En cuanto a las prácticas mortuorias, Cornely (1936, p. 36) describe el entierro en cistas individuales y colectivas con orientación hacia el este, las cuales adscribe a la etapa Clásica. Reporta asimismo inhumaciones directas, algunas asociadas a camélidos y otras con ofrendas correspondientes a alfarería de estilo Clásico. También menciona tumbas más profundas (1,3-1,5 m de profundidad) dispuestas a veces bajo entierros en cistas, asociadas a alfarería de estilos Transición y Arcaico (1936, p. 37).

En El Olivar, Cornely recobró alfarería de la cultura Ánimas y de todas las fases de la cultura diaguita, incluyendo el período de contacto con los incas. Artefactos de otras materialidades incluyen objetos líticos (puntas de proyectil, pulidores, cuentas, instrumentos musicales, torteras); objetos metálicos (pinzas, aros, brazaletes, cinceles y anzuelos de cobre); objetos de hueso (espátulas para consumo de alucinógenos, punzones, tubos); objetos de concha (cuentas, pendientes) y trozos de pigmento rojo y blanco, entre otros (Cornely, 1936, p. 37; 1956, p. 76). Todos, sin embargo, desprovistos de datos de contexto, lo que limita su interpretación y el establecimiento de asociaciones.

## **Resultados del análisis de las colecciones del Museo Arqueológico de La Serena procedentes del sitio El Olivar**

En el marco del proyecto Colecciones Digitales de la Subdirección de Investigación de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), se ficharon 135 vasijas cerámicas de gran valor patrimonial procedentes del sitio





Figura 8. Escudilla cultura Copiapó. Excavada por Silvia Quevedo y Francisco Garrido (2008) en Pinamar (Compañía Baja, La Serena). Museo Arqueológico de La Serena, Colección Etnográfica, n° inv. 14.819. Fotografía de Paola González.

de las excavaciones de Brillamar (Cantarutti y Cabello, 2010); un 2,96 % corresponde a piezas recobradas en un rescate en el sector de Brillador; y un 2,2 %, proviene de las excavaciones de Pinamar (Quevedo y Garrido, 2008 Ms.).

A partir del estudio de los libros de inventario del Museo, fue posible identificar también la asociación de un conjunto de piezas a cementerios específicos excavados por Francisco Cornely.

Dicho análisis arrojó que un 47,4 % (64 vasijas) fue recobrado del sector R; un 0,74 %, del sector U; y un 2,22 %, del sector W.

### Excavaciones en el sitio El Olivar con posterioridad a los trabajos de Francisco Cornely

Las excavaciones realizadas en décadas recientes dan cuenta de un espacio temporal que abarca desde la cultura Ánimas hasta el período Diaguita-Inca.

En 1989, María Rosado, Gonzalo Ampuero, Gastón Castillo y Marcos Biskupovic rescataron un conjunto de cistas saqueadas correspondientes a tiempos diaguita-incaicos en el extremo NE del sitio El Olivar. El análisis de antropología física efectuado por María Rosado y Marcela Urzár (2015) a 29 individuos, la mayoría adultos, concluye que se trataría de una población de élite, ya que no se detectaron signos de estrés físico ni de privación alimentaria. Acotamos que las vasijas recobradas en esta excavación, fichadas en el Museo Arqueológico de La Serena, corresponden todas a formas de origen cuzqueño, las que incluyen un aríbalo, dos platos ornitomorfos y un plato plano. Proceden de esta excavación también un anillo, un aro de plata y un collar de turquesas. Dichos materiales culturales, considerados en conjunto con el análisis de antropología física, confirman la existencia en este sector de una población fuertemente influida por el Inca y poseedora de un estatus social diferenciado.

Por su parte, Silvia Quevedo y Francisco Garrido (2008 Ms.) practicaron un rescate en el sitio dentro del contexto del proyecto inmobiliario Pinamar, investigación que no ha sido publicada. Describen el hallazgo de áreas

de enterratorio y depósitos habitacionales compuestos por conchales con abundante material cerámico y óseo, donde predomina la dieta marina. La adscripción cultural de este sitio comprende a las culturas Ánimas y diaguita en todas sus fases.

Dos años más tarde se realizó un nuevo rescate arqueológico, esta vez en el sector de Brillamar (Cantarutti y Cabello, 2010 Ms.). Pacheco y colaboradores (2015) analizan los contextos mortuorios recobrados en estas excavaciones, que incluyen entierros primarios y secundarios dispuestos directamente en tierra correspondientes a 40 individuos de distintos rangos de edades, con una alta proporción de lactantes (n=12). De 22 individuos cuyo género logró identificarse, 12 resultaron femeninos y 10, masculinos. La posición predominante en los entierros primarios es decúbito lateral con los miembros flectados. Asimismo, se describen entierros de humanos asociados a camélidos; aquellos con camélidos articulados sugieren un patrón mortuario Ánimas y la continuación de esta práctica en tiempos diaguita. Las sepulturas restantes se atribuyen a comunidades diaguitas preincaicas.

La alfarería recuperada en Brillamar incluye fragmentos Ánimas III, jarros zapato, escudillas estilo Transición y estilo Clásico, escudillas zoomorfas, cuencos monocromos y grandes fragmentos de cerámica gruesa. Dos individuos de sexo masculino presentaron ofrendas asociadas al consumo de alucinógenos (espátulas, tubo y valva de molusco). Las ofrendas mortuorias también comprenden artefactos líticos (puntas de proyectil y mano de moler) e instrumentos de metal (anzuelo de cobre) y de hueso (cuchillón de hueso de cetáceo), entre otras.

### **Excavaciones recientes en el sitio El Olivar en el marco de la construcción de la doble vía La Serena-Vallenar**

El año 2014, en el contexto de la ejecución del Proyecto Mejoramiento Ruta 5 MOP-Sacyr, se detectaron osamentas humanas de naturaleza prehispánica (Lucero y Velásquez, 2014 Ms.). El hallazgo obligó a cesar las obras en un polígono de 380 m de largo por 50 m de ancho, área donde el Consejo de Monumentos Nacionales ordenó efectuar una caracterización arqueológica y posterior rescate, labor encargada a los arqueólogos Paola González y Gabriel Cantarutti (2015 Ms.).

En la etapa de caracterización se excavaron 452 pozos de sondeo dentro de 8 ejes, tarea que aportó un formidable registro de materiales arqueológicos cuidadosamente documentados. Se identificaron al interior de este polígono



tres tipos de áreas arqueológicas: a) 8 áreas funerarias, además de 14 sepulturas aisladas; b) 29 áreas con depósitos de basuras tipo conchal; y c) 6 áreas de actividades domésticas. De los pozos excavados, 26 evidenciaron rasgos no funerarios (fogones, estructuras de piedra, pisos de habitación). Todos estos resultados evidencian una gran proximidad entre los contextos habitacionales y mortuorios, y abren una ventana muy valiosa para comprender la dimensión cotidiana de las comunidades Ánimas y diaguita. Para esto, sin embargo, aún resta llevar a cabo excavaciones extensivas.

En lo que respecta a la adscripción cultural de los materiales registrados en la etapa de sondeos, estos corresponden mayoritariamente a la cultura diaguita, en sus fases I (900-1200 d. C.) y II (1200-1470 d. C.). Las evidencias asociables a la fase Diaguita-Inca se circunscribieron principalmente al sector norte del área de estudio. El material cerámico asociado a la cultura Ánimas (tipos I, II y III) coincide espacialmente con los sectores de ocupación diaguita. La ocupación habitacional Molle (0-600 d. C.), de poca densidad, aparece en áreas de conchal en niveles más profundos.

En diciembre de 2015 se inició la etapa de rescate del proyecto, también a cargo de los arqueólogos Paola González y Gabriel Cantarutti. La operación se inició en las áreas funerarias FUN 6 y FUN 8, debido a que los sondeos detectaron en ellas un mayor número de sepulturas (n=11). Luego de trece campañas de excavación, en las que participó un equipo multidisciplinario de 70 profesionales (30 arqueólogos, 25 antropólogos físicos y 15 conservadores), se logró excavar una superficie de 332 m<sup>2</sup>. En las áreas funerarias FUN 6 y FUN 8 se rescataron 213 cuerpos humanos articulados (71 adultos y 142 subadultos), 44 entierros secundarios y 23 osarios. A ellos se sumaron 56 camélidos articulados y 4 cánidos, además de una gran cantidad de material arqueológico cerámico, lítico y óseo. Las vasijas cerámicas completas denotan un fuerte componente Ánimas, particularmente en sus fases III y IV, así como diaguita en sus fases pre- y postincaicas.

En definitiva, las áreas funerarias FUN 6 y FUN 8 pueden definirse como necrópolis, con una densidad de entierros sin precedente en la prehistoria regional. Esta ocupación de naturaleza funeraria se mantuvo por al menos siete siglos con idéntica función, albergando entierros de las culturas Ánimas y diaguita en todas sus fases.

Atendiendo al extraordinario valor de las áreas rescatadas y a su enorme densidad, en mayo de 2016 los investigadores a cargo solicitaron al Consejo de Monumentos Nacionales la preservación de este polígono. Hasta el momento, sin embargo, no se ha instruido ningún cambio en el proyecto original, que contempla la construcción de una doble vía vehicular sobre el sitio.

## Alcance e interpretación preliminar de los estudios recientes en el sitio El Olivar

En los párrafos precedentes hemos realizado una apretada síntesis del estado de conocimiento de las culturas Ánimas y diaguita, así como de los diversos trabajos realizados en el sitio El Olivar a través del tiempo. Lamentablemente, las extensas intervenciones realizadas por Francisco Cornely derivaron en un registro contextual bastante deficiente, debido a su falta de formación arqueológica. Semejante escasez de información constituyó una grave falencia para la cabal comprensión de las culturas Ánimas y diaguita en general, dado que la reconstrucción de su prehistoria dependió, por largas décadas, del estudio de valiosas colecciones arqueológicas carentes de contexto.

Precisamente este aspecto es el que han venido a subsanar, en parte, las recientes y amplias excavaciones en el sitio El Olivar. En particular, la investigación que llevamos a cabo junto con Gabriel Cantarutti –con la colaboración de un extenso equipo de profesionales y el financiamiento de la empresa Sacyr S. A.– ha permitido establecer información contextual pormenorizada acerca de las comunidades Ánimas y diaguita, especialmente en lo relativo a sus prácticas mortuorias.

En las áreas funerarias FUN 6 y FUN 8 se encuentran representadas las sociedades Ánimas y diaguita en su conjunto. La investigación realizada permitirá una reconstrucción más acabada de estos pueblos prehispánicos a partir de la caracterización de una amplia gama de actores sociales según el tratamiento diferencial que les fue otorgado, así como del estudio de materialidades de diversidad inusitada. Ya no solo contamos con hermosas vasijas sin contexto para reconstruir parcialmente nuestra prehistoria: luego de este rescate, serán hombres, mujeres y niños concretos quienes darán luces acerca de una historia cultural de siete siglos.

Las interrogantes que podrán ser respondidas una vez que los análisis especializados sean efectuados son múltiples y muy variadas: cronología, procedencia, salud, calidad de vida, relaciones de género, dieta, conocimientos tecnológicos, prácticas culturales y procesos sociales son algunos de los aspectos que, bajo la atenta mirada de diversos especialistas, estos registros contribuirán a dilucidar.

En el presente artículo hemos puesto de manifiesto cuán inextricable es el vínculo entre las culturas Ánimas y diaguita –tanto como para poner en tela de juicio si efectivamente estamos frente a dos entidades diferenciadas–. Esperamos, pues, que este registro aporte nuevos antecedentes acerca del

proceso de génesis de esta a partir de aquella. Por lo pronto, hemos constatado la continuidad de la práctica de entierro de camélidos en las primeras etapas de la cultura diaguita. También la identificación de escudillas Ánimas III en contexto ayudará a afinar aspectos cronológicos.

En tanto, la identificación de ofrendas de artefactos de oro en contextos Ánimas informa sobre una mayor complejidad social en estas comunidades (sepulturas N° 4 y N° 166). Los objetos metalúrgicos hacen evidente la existencia de fuertes vínculos Ánimas con el Noroeste Argentino, mientras que otros artefactos –por ejemplo, las espátulas para consumo de alucinógenos– sugieren un nexo con San Pedro de Atacama en tiempos diaguitas. Las ofrendas mortuorias han permitido distinguir el desarrollo de actividades diferenciadas, como caza, consumo de alucinógenos, textilería y ejecución musical, entre otras. En relación a esta última, destacamos el hallazgo de dos hombres con instrumentos musicales de viento, probablemente flautas, contruidos a partir de huesos cilíndricos ensamblados (sepulturas N° 166 y N° 84); su morfología no ha sido descrita antes en la cultura material Ánimas. En el caso de los instrumentos para la confección de textiles (torteras, vichuñas y agujas de hueso), su presencia ha sido constatada exclusivamente en ajuares femeninos.

Por su parte, los contextos mortuorios diaguitas permiten inferir la realización de un conjunto variado de actividades, como aquellas asociadas al mar (ofrenda de remo de mandíbula de cetáceo, anzuelos), elaboración de textiles y caza. La práctica de consumo de alucinógenos se observa en artefactos asociados mayoritariamente a hombres, pero también a algunas mujeres. Otro aspecto de interés es la evidencia de una gradual evolución de su arte visual abstracto, que avanza desde diseños más toscos y simples hasta versiones complejas, con simetrías bien ejecutadas.

Destaca el hallazgo de una hilera de tres sepulturas de cistas, parcialmente disturbadas, que adscribimos tentativamente a la fase Diaguita II, mismo período en el que detectamos también inhumación directa y entierros secundarios. Cabe la posibilidad de que estas variaciones denoten diferencias sociales al interior de la comunidad.

Los antecedentes recobrados acerca del período Diaguita-Inca también resultan relevantes. Con frecuencia se encuentran ofrendas cerámicas cuya decoración presenta diseños tanto diaguitas como cuzqueños, reflejo del armónico encuentro entre ambas culturas. Un buen ejemplo de ello lo constituyen dos piezas procedentes de la sepultura N° 59, asociadas a un lactante de 6 a 18 meses: el ajuar consta de un cuenco felinomorfo decorado con patrón

ondas (de origen diaguita) y un diseño ajedrezado (de origen cuzqueño), y de un *keru* doble con asa zoomorfa (felino) que también luce un diseño local y otro cuzqueño en cada uno de sus vasos.

Llama poderosamente la atención el tratamiento que las comunidades Ánimas y diaguita dieron a sus niños, lactantes y neonatos. Se observa en



Figura 9. Jarro zapato pequeño asociado a lactante (sepultura n° 21). Procedente del rescate arqueológico El Olivar, a cargo de Paola González y Gabriel Cantarutti. Fotografía de Paola González.

estos contextos una cuidadosa preparación, ejecutada de acuerdo con diferentes patrones; entre ellos resaltamos la asociación de niños a jarros zapato pequeños; la ofrenda de vasijas policromas y monocromas; ajuares compuestos de guijarros y conchas; y ofrendas de collares o cuentas de concha y malaquita. Algunos jarros zapato pequeños presentan una forma y modelado semejante a un pecho femenino, como en el caso de la vasija asociada a la sepultura N° 21 (fig. 9).

## Reflexiones finales y perspectivas futuras

La enorme herencia cultural diaguita aún sobrevive en el norte semiárido chileno, expresada en numerosas costumbres, conocimientos y prácticas tradicionales que continúan desarrollándose en las regiones de Atacama y Coquimbo. Los bailes chinos (fig. 10), declarados por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad, constituyen un testimonio de esta persistencia: la tecnología de las flautas que utilizan actualmente estos músicos danzantes —diseñada para producir su característico sonido «rajado»— tiene su antecedente en flautas (*antaras* y pitos acodados) de la cultura diaguita (Pérez de Arce, 2000). Este patrimonio cultural de raíz prehispánica se expresa también en la subsistencia de técnicas tradicionales de manufactura alfarera, telares y conocimientos sobre plantas medicinales, entre otros.



Figura 10. Homenaje del Baile Andacollino N° 8 a los ancestros del sitio El Olivar. Al centro, el flautista Juan León, septiembre de 2016. Fotografía de Nicolás Aguayo.

Desde el año 2006, la Ley 19.253 reconoce oficialmente al diaguita como uno de los pueblos indígenas de Chile, en virtud del proceso de etnogénesis iniciado en Alto Huasco (Región de Atacama). La comunidad indígena diaguita Taucán, establecida en el valle de Chalinga (provincia de Choapa), fue la primera en obtener reconocimiento estatal en 2013, y desde entonces ha ido creciendo el número de agrupaciones indígenas que se autoidentifican como diaguitas. Estamos seguros de que la puesta en valor del sitio El Olivar y la integración de los antiguos y nuevos antecedentes aportados por las investigaciones científicas de las que ha sido objeto contribuirán a fortalecer los procesos identitarios y la calidad de vida de los habitantes actuales, así como de las nuevas generaciones del norte semiárido chileno.

## Referencias

- Ampuero, G. y Rivera, M. (1972). Síntesis interpretativa de la arqueología del Norte Chico. Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, octubre de 1971. *Boletín de Prehistoria*. Número Especial, 339-343.
- Becker, C. (2003 Ms.). *Arqueología en el río Chalinga. Informe final*. Proyecto Fondecyt 1000039.
- Cabello, G. (2016). Breve historia diaguita antes del arribo de los conquistadores españoles. En *El arte de ser diaguita* [catálogo] (pp. 15-44). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Cantarutti, G. (2002). *Estadio Fiscal de Ovalle: Redescubrimiento de un sitio Diaguita-Inca en el valle de Limarí*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Castillo, G., Biskupovic, M. y Cobo, G. (1985). Un cementerio costero del Complejo Cultural Las Ánimas. En *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena. La Serena* (pp. 194-239).
- Cervellino, M. (1991). *Minería prehispánica de la región de Atacama*. Copiapó: Ediciones Universitarias, Universidad de Atacama.
- Cornely, F. (1936). El cementerio indígena «El Olivar» La Serena. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 15, 35-40.
- Cornely, F. (1951). Cultura diaguita chilena (Provincia de Coquimbo y Atacama). *Revista Chilena de Historia Natural*, 51-53, 119-262.
- Cornely, F. (1956). *Cultura diaguita chilena y cultura de El Molle*. Santiago: Editorial del Pacífico S. A.
- Gell, A. (1992). The technology of enchantment and the enchantment of

- technology. En J. Coote y A. Shelton (Eds.), *Anthropology, art and aesthetics* (pp. 40-67). Oxford: Clarendon Press.
- González, P. (1998). Doble reflexión especular en los diseños Diaguita-Inca: de la imagen al símbolo. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 7, 39-52.
- González, P. (2008). Mediating opposition: On redefining Diaguita visual codes and their social role during the Inca period. En *Lenguajes visuales de los incas* (pp. 21-44). British Archaeological Reports International Series 1848. Oxford: Archaeopress.
- González, P. (2013). *Arte y cultura diaguita chilena. Simetría, simbolismo e identidad*. Santiago: Ucayali.
- González, P. (2016). La tradición de arte chamánico shipibo-conibo (Amazonía peruana) y su relación con la cultura diaguita chilena. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 21(1), 27-47.
- González, P. y Cantarutti, G. (2015). *Informe ejecutivo de caracterización arqueológica sitio El Olivar. Proyecto mejoramiento Ruta 5 tramo La Serena-Vallenar*. PK 473.500-485.200, Provincia de Elqui, Región de Coquimbo.
- Latcham, R. (1928). Las influencias chinchas en la alfarería indígena de Chile y la Argentina. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 104, 159-196.
- Lucero, V. y Velásquez, H. (2014 Ms.). Informe de pozos de sondeo del sitio «Cruce Compañía Baja». Proyecto Mejoramiento Ruta 5 Norte. La Serena. IV Región.
- Medina, J. T. (1882). *Los aborígenes de Chile*. Santiago: Imprenta Gutenberg.
- Montané, J. (1969). En torno a la cronología del Norte Chico. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología (La Serena, 1969)* (pp. 167-183).
- Mostny, G. (1942). ¿Un nuevo estilo arqueológico? *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 22, 191-196.
- Pacheco, A., Gómez, P., Morales, C., Marabolí, N., Cavieres, G., Cantarutti, G. y Cabello, G. (2015). Bioarqueología y prácticas mortuorias en el sitio El Olivar (Región de Coquimbo, Chile). En *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Octubre 2012, Arica* (pp.431-439).
- Pérez de Arce, J. (2000). Sonido rajado. Historical approach. *The Galpin Society Journal*, LIII, pp. 233-251.
- Quevedo, S. y Garrido, F. (2008 Ms.). *Informe final de actividades de realización de pozos de sondeo en el terreno del proyecto inmobiliario Pinamar, La Serena, Región de Coquimbo*.
- Rodríguez, J. (1995 Ms.). *La arqueología desde una perspectiva multidisciplinaria*.

- ria como una ciencia activa en la reconstrucción de la prehistoria de una zona de contacto cultural: el caso del río Illapel*. Proyecto Fondecyt 1980248.
- Rosado, M. y Urizar, M. El Olivar: aspecto socioconductual y condiciones de salud por medio del registro óseo. En *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Octubre 2012, Arica (pp. 243-250).
- Slusser, M. S. (1950). *Preliminary archaeological studies of Northern Central Chile*. Tesis doctoral. Universidad de Columbia, Nueva York, Estados Unidos.
- Troncoso, A. (1999). La cultura diaguita en el valle de Illapel: una perspectiva exploratoria. *Chungará: Revista de Antropología Chilena*, 30(2), 25-42.